

# La batalla contra el pecado<sup>1</sup>

Por Wilbur Madera

Muchos vivimos nuestra vida cristiana como si estuviéramos en tiempos de paz. Es decir, vivimos tranquilos, confiados, con la guardia abajo, despreocupados, pensando que es muy improbable que el pecado nos alcance en alguna de sus manifestaciones. Y podemos, quizá excedernos en nuestra tranquilidad, al punto de la insensatez. Y decimos: “No pasa nada”. Si bien es cierto que la Escritura nos enseña a vivir confiados en la gracia del Señor y su fuerza, no por esto deja de alertarnos de una realidad que todo creyente está enfrentando.

Esta realidad, no nos permite bajar la guardia y permanecer pasivos. Al contrario, la Escritura nos llama a vivir alertas, velando, y peleando la buena batalla. La Escritura nos llama a vivir, no como si estuviéramos en tiempos de paz, sino como en tiempos de guerra.

Los discípulos de Cristo estamos en una guerra espiritual. Esto es una realidad. Hay una batalla que pelear en muchos frentes. Necesitamos vivir alertas a la maldad, a la tentación y a las ideologías de este mundo. Pero la buena noticia del evangelio es que la victoria está segura porque tenemos un gran capitán, un campeón, que es nuestro Señor Jesucristo. Y por su persona y obra de redención podemos pelear con valor y entrega cada día de nuestras vidas entre su primera y segunda venida.

Esta guerra espiritual tiene un principal y determinante campo de batalla. Normalmente, al escuchar este término: “guerra espiritual”, muchas personas, hoy día, piensan en reprensión de demonios, exorcismos, y cosas del mundo del ocultismo. Pero la Escritura, cuando hace referencia a la batalla contra el pecado, no apunta tanto hacia afuera sino más bien hacia adentro de uno mismo. Es decir, la batalla que se libra en nuestros corazones.

No cabe duda que la Biblia nos habla de que esta guerra tiene varios frentes. Un frente *exterior*, que es la batalla del cristiano contra el mundo; es decir, las ideologías, creencias y culturas que son contrarias a la voluntad y autoridad del Señor. Otro frente de batalla, no sólo es exterior, sino también es *invisible*. La batalla contra principados, potestades, huestes demoniacas que nuestros ojos físicos no alcanzan a ver y que, comandados por el diablo, se dedican a engañar a este mundo.

Pero cuando la Escritura habla de la batalla del cristiano contra el pecado se refiere principalmente a una batalla *interior*. Esta es la batalla en contra de la naturaleza pecaminosa. Es la batalla en contra del pecado interior. El pecado del corazón. ¡Y vaya que es una batalla! Si no fuera así, no habría necesidad de la enseñanza, la predicación, la consejería, la disciplina eclesiástica, etc.

El campo de batalla donde se libra la guerra espiritual es el corazón humano. Es una batalla principalmente interior. De adentro del corazón humano vienen los pecados.

Hoy día la tendencia es ver la causa del pecado como algo externo. Y pensamos que, con cambiar las circunstancias, las compañías y los entornos será suficiente para vencer las batallas. El problema es que la batalla principalmente es interior. Así que, aunque cambiemos de trabajo, cambiemos de amigos, cambiemos de iglesia, cambiemos autoridades, aunque eso quizá alivie algunos aspectos de la lucha, será algo incompleto porque el cambio más importante es interno, es decir, el cambio del corazón.

Nuestro enemigo número uno, lo llevamos dentro de nosotros mismos: un corazón carnal, un corazón orientado al pecado, un corazón que vacila entre glorificar a Dios y gozarse, no en Él, sino en el pecado. Esta es la guerra espiritual librada en el interior del creyente.

El no creyente no tiene esta lucha. No hay guerra en él, pues es esclavo y vive congruentemente con su naturaleza pecaminosa. Pero el creyente en Cristo ya no se deleita en vivir

---

<sup>1</sup> Este artículo es una versión resumida de un sermón predicado en el 2019.

en el pecado como antes, sino quiere agradar a Dios con todo su corazón, por eso se plantea esta lucha interior que a veces es agonizante. Si experimentas esta lucha entre pecar y agradar a Dios, quiere decir que tienes una nueva vida en Cristo, porque los muertos no la experimentan.

De esa batalla interior queremos hablar, de la batalla que se libra en nuestros corazones. Porque nuestros corazones son el principal campo de batalla en la guerra espiritual.

Para entender mejor de lo que estamos hablando, consideraremos un pasaje en la epístola de Santiago en el capítulo 1:12-18. Este pasaje es rico en enseñanza sobre la batalla interior en la guerra espiritual, pero nos enfocaremos en tres grandes aspectos o bloques de enseñanza que llamaremos: La Promesa. La Pelea y La Provisión.

## LA PROMESA

Santiago 1:12 dice: *Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes lo aman.*

Antes de enfrentar la batalla, los capitanes dan palabras de aliento a los soldados para pelear contra el enemigo. Son discursos memorables que enfocan a los combatientes en el objetivo. Algo así comienza haciendo nuestro pasaje. Primero nos recuerda la promesa del Señor asumiendo que estamos en medio de una batalla contra el pecado.

Hay algo por lo cual sentirse dichoso, bendecido o bienaventurado a pesar de estar siendo tentado. ¿Qué es aquello que debe hacernos sentir dichosos? Lo que Dios ha prometido. ¿Y qué ha prometido Dios a los que lo aman? La corona de la vida. Dice la biblia que si es que amamos a Dios es porque él nos amó primero, así que los que aman a Dios, han sido amados por Dios. Y a los que Dios ama les ha hecho una promesa: que recibirán la corona de la vida. La corona de la vida eterna y abundante, glorificando y gozando de él para siempre.

Ahora bien, esta promesa será cumplida porque Dios es fiel con su pueblo, pero no sin antes estar involucrados en una verdadera batalla espiritual. Se nos advierte y se asume, que los discípulos del Señor seremos tentados. Tentados a abandonar el camino, la verdad y la vida. Tentados a cambiar la verdad de Dios por la mentira del mundo. Tentados a creer la palabra de la serpiente en vez de creer la palabra de Dios. Es una realidad. Seremos tentados. La tentación no es algo a lo que seamos invulnerables.

Pero allí está la promesa de Dios para animarnos a resistir. Dichoso el que resiste la tentación. A la hora de la hora, cuando somos tentados, el pecado se ve mucho más atractivo que la santidad, la mentira se oye mucho más agradable que la verdad, el odio se ve mucho más viable que el perdón, el adulterio se ve mucho más deleitoso que la fidelidad. El robo se ve más ágil que el trabajo honrado.

Es precisamente en esos momentos cuando debemos recordar la promesa de Dios. Hay más dicha y felicidad en la voluntad y autoridad del Señor. Verdaderamente dichosos son los que dicen "no" a la tentación en el momento adecuado. Verdaderamente felices son los que rechazan los espejitos que ofrece el diablo por aquilatar los lingotes de oro que tenemos seguros en Cristo. Cuánto más valorem la certeza de la promesa, más pronto estaremos a rechazar los ofrecimientos baratos del pecado.

Así que, para pelear esta batalla espiritual interna debemos aferrarnos a la promesa del Señor: Dichoso el que resiste la tentación porque con ello está dando evidencia de que es amado por Dios. Cuando rechazamos la tentación, se está manifestando lo que verdaderamente somos...amados de Dios. Y Dios a sus amados, les ha prometido la corona de la vida.

No sé con qué tentación estás batallando este día. Si eres creyente en Jesucristo, hay una promesa para ti. Hay una corona de vida ganada por la vida, muerte y resurrección del Señor Jesucristo, que Dios ha prometido a los que lo aman. Resiste; no cedas, porque sólo hay dicha

verdadera en Jesús. Al resistir estás mostrando que verdaderamente has sido amado por Dios, pues el amor por él está en ti. El amor al pecado, sólo puede ser vencido por el amor más grande que existe: el amor de Dios.

## LA PELEA

Este pasaje, no sólo nos habla de la Promesa, sino también nos explica acerca de la dinámica de la PELEA. En los versículos 13-15 dice Santiago 1: *Que nadie, al ser tentado, diga: «Es Dios quien me tienta». Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte.*

Es muy importante comenzar diciendo que Dios no es el causante o responsable de la tentación en nuestras vidas. Dios no puede ser tentado por el mal ni tienta a nadie a pecar. Así que no podemos decir: ¿Dios por qué me mandas estas tentaciones? ¿Por qué pones a esa mujer u hombre en mi camino? ¿Por qué me pones tan cerca de tanto dinero? Si ya me conoces ¿para qué mandas estas cosas?

¡No! Es un craso error pensar que el pecado en mi corazón es provocado o facilitado por Dios. Las tentaciones no vienen de Dios. Dios no insta a nadie a pecar. Todo lo contrario, él nos llama a vivir en santidad. Así que, las tentaciones no provienen de Él. No podemos justificarnos con este pensamiento falaz.

Estos mismos versículos nos aclaran dónde radica el problema. El problema más importante no es un problema externo, sino interno. Cuando somos tentados, esto no viene de Dios, ni siquiera del diablo, sino viene de adentro de nosotros mismos: Nuestros propios malos deseos, nos arrastran y nos seducen.

El pasaje nos da una radiografía del pecado. Vemos el camino descendente hacia la destrucción que empieza con nuestros deseos que han ocupado un lugar que no les corresponde. Somos seducidos con la idea de satisfacerlos; sentimos que necesitamos aquella cosa, objeto o persona de nuestro deseo; pensamos que es nuestro derecho tenerlos; nos alteramos cuando no los estamos recibiendo y exigimos se nos cumplan al instante. Lo que comenzó, quizá, como un buen deseo acaba siendo una demanda pecaminosa que lleva a la destrucción. Se cumple un ciclo que inicia con el deseo de mi corazón, el cual afronto con pecado y el resultado al final de cuentas es la muerte y destrucción.

Este ciclo se cumple cada vez que pecamos. Es algo que vino de adentro, no de afuera. El problema es más grande de lo que imaginábamos porque no importa a donde vayamos, llevamos el problema con nosotros. Cuando la Biblia habla del pecado habla de esta dinámica dentro del corazón. Esta es la guerra espiritual en su batalla más importante que se libra en el corazón de cada persona.

A veces estamos muy preocupados por los embates externos ya sea del mundo o de Satanás, pero la batalla central es la del corazón. Estamos en el mundo y sus embates son evidentes. Nuestro enemigo, el diablo, busca a quien devorar como león rugiente. Pero, según la Escritura, si somos hijos de Dios, ni el mundo ni el diablo pueden forzarnos u obligarnos a pecar. Esa es una realidad que nos hace completamente responsable de nuestro pecado.

No podemos echar culpa de nuestro pecado a Dios, ni siquiera al diablo o al mundo. Según Santiago 1, los únicos responsables del pecado, somos nosotros, cuando tentados por nuestros propios malos deseos, somos seducidos y pecamos, arrastrando consecuencias mortíferas sobre nosotros.

Por lo tanto, dejemos de justificar nuestro pecado por causas externas. No fue tu cónyuge, no fue el diablo, no fue Dios, no fue el estrés del trabajo, no fue la mala jugada que te hicieron. Si pecaste, eso vino de tu corazón y requiere un completo arrepentimiento, confesión y el perdón de Dios.

Dejemos de vivir con una mentalidad de víctimas. Quizá has sido víctima del pecado o malas acciones de otra persona, nadie minimiza ese hecho. Esas personas no debieron actuar así en tu contra. Estuvo mal y darán cuentas a Dios por ello. Pero, aunque no somos responsables por aquellas cosas malas que nos hicieron, sí somos responsables por todo lo que dijimos, hicimos y pensamos después de haber sido víctimas de esos pecados.

No justifiquemos nuestra respuesta pecaminosa por el pecado que otros han cometido en nuestra contra. Lo malo que otros han hecho en nuestra contra no es la causa de nuestras palabras, acciones y actitudes. Esas palabras, acciones y actitudes no vienen de las circunstancias, sino de lo que hay en nuestro corazón. Vivamos cada momento de acuerdo con lo que Dios pide de nosotros, no de acuerdo con las acciones de las personas que nos rodean y de las situaciones en las que nos vemos envueltos.

En la dinámica de la Pelea se nos aclara que los únicos responsables de los pecados los vemos en el espejo cada día. Por eso, el llamado al arrepentimiento es constante en la Biblia. Es hasta que asumimos nuestra responsabilidad que podemos experimentar el poder transformador de la gracia y el evangelio del Señor Jesucristo.

## LA PROVISIÓN

Dice Santiago 1:16-18: *Mis queridos hermanos, no se engañen. Toda buena dádiva y todo don perfecto descenden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras. Por su propia voluntad nos hizo nacer mediante la palabra de verdad, para que fuéramos como los primeros y mejores frutos de su creación.*

Dios es un Padre proveedor de todas las bendiciones, regalos buenos y perfectos. Eso es lo que podemos esperar del Padre: Todo lo bueno y todo lo perfecto a manera de regalo, dádiva y don. Él es un Dios que no cambia su carácter, su ser ni sus promesas. Lo que hace lo hace bien porque él es bueno. Y lo que empieza lo ha de concluir. Lo que promete lo ha de cumplir.

Nuestro Dios hizo algo increíble. Ha hecho nacer a sus hijos a una nueva vida. A una vida que no se identifica con el pecado, que no es esclava del pecado, que no tiene que decirle "sí" al pecado. Y este nacimiento nuevo fue por la propia voluntad de Dios.

Estas son buenas noticias porque no fuimos nosotros los que pedimos nacer, sino él de su buena, perfecta y santa voluntad, nos hizo nacer mediante su palabra. Cuando nosotros estábamos muertos en nuestros pecados y delitos, apartados de él, nos hizo nacer por su Palabra. Nos ha hecho parte de una nueva humanidad.

Desde los tiempos apostólicos, los que están en Cristo son vistos como una especie de primicias, o los primeros y mejores frutos de una cosecha de la nueva humanidad.

Cuando hay primicias de la cosecha, sabes que un día llegará la cosecha completa, llegará el cumplimiento pleno de la promesa. Pero por ahora, los primeros frutos nos aseguran y nos dan la esperanza certera de que un día la cosecha final se realizará. Así los creyentes en Cristo, son esos

primeros frutos, nacidos por voluntad de Dios, nacidos a través del poder de su Palabra para formar parte de una nueva humanidad. Esta es la nueva humanidad que está identificada por la fe con Jesucristo. Puesto que somos esta nueva humanidad nuestra relación con el pecado ya no es la misma de antes.

De aquí podemos tener la esperanza de la victoria sobre las tentaciones. La victoria que está basada en la obra perfecta de redención realizada por Jesucristo. A través de su vida, muerte y resurrección, Jesús ha venido a establecer una nueva vida en Dios y una nueva manera de relacionarnos con el pecado. Antes éramos esclavos del pecado, pero ahora somos siervos de Cristo. Ya no tenemos que estar obedeciendo al pecado, sino a nuestro nuevo amo.

Recuerda esto en medio de la batalla con tus tentaciones. Somos parte de una nueva humanidad. Hemos nacido por la Palabra a una nueva vida que no es esclava del pecado. Hay un nuevo principio rector en los que creen en Cristo, por el cual tenemos un deseo renovado de glorificar a Dios. En virtud de la obra de Cristo, el Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones el cual produce en nosotros nuevos deseos y anhelos orientados a la santidad. El Espíritu va forjando su fruto en nosotros para hacer morir las obras de la naturaleza pecaminosa.

La victoria es nuestra identificación e identidad en Cristo. Nuestra victoria es Jesús. Los discípulos de Cristo estamos en una guerra espiritual interna cuya victoria segura es Jesús. Esta batalla interna la peleamos aferrándonos a la promesa del Señor, entendiendo la dinámica de la pelea en nuestros propios corazones y viviendo la provisión que Dios ha hecho para sus hijos en Cristo Jesús.

Entre la primera y la segunda venida del Señor Jesús, los discípulos estamos en una guerra espiritual, que debemos batallar de todas las maneras posibles, con determinación e intención, hasta ese día que podamos decir con el apóstol Pablo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado de fe, por la gracia de Cristo y para la gloria de Dios.